

tarlos al débil influjo de mi expresion. Hay en esta obra tal concurso de circunstancias, que para elogiarla dignamente seria necesario no solo poseer la materia con perfeccion, sino detenerse mucho en cada una de sus partes. Una de las cosas mas admirables en ella es la mezcla que descubrimos á cada paso de la sublimidad y la ternura: porque se hace increíble que hayan sabido asociarse constantemente dos sentimientos que si no son opuestos entre sí, á lo menos se hallan colocados á distancias inmensas. Lo tierno pertenece á esa belleza singular que parece nacida para mantener al alma en aquel suave y delicioso recreo que no se hermana casi nunca con los sacudimientos que causa lo sublime. Yo me fatigo buscando en los otros escritores un carácter semejante de estilo, y á la verdad no puedo encontrarlo. Ciertamente es que el alma del autor se pinta regularmente en sus obras, pero esta circunstancia es tan característica de Fenelon, que nos vemos tentados á reputarla por única. Su alma se mezcla en todo, y todo lo atrae con dulzura inefable: y nosotros no sabemos como definir esos trasportes continuos que tan profundamente nos arroban y esos golpes terribles que nos hacen estremecer, cuando todo conspira á la calma y todo anuncia la serenidad y la quietud. El panegirista de las acciones guerreras podrá tal vez unir su nombre al de los héroes que celebra, mediante los primores de un bello estilo; pero el que habla de las producciones insignes que enriquecen la literatura habrá siempre de resentir el humillante golpe que le prepara la desventaja de su posicion. El mejor modo, por no decir el único de alabar el genio oratorio, dice el autor citado, será siempre someterlo á la mas concluyente de las pruebas, la de referir textualmente no un bello pasage aislado que la casualidad pudiera ofrecer en una mala composicion; sino muchos de ellos bien sostenidos, por que solo así se conocen los talentos de primer orden á favor de unas obras esclarecidas y perfectas, á donde la mediania no toca jamás.

OBSERVACIONES CRITICAS

SOBRE

EL SERMON DE LA IMPENITENCIA FINAL

PREDICADO

POR MASSILLON.

EL mérito de esta oracion se anuncia ya desde la feliz aplicacion del texto. *Ego vado, quæretis me, et in peccato vestro moriemini.* Quien toma por tema de su discurso una sentencia capaz por sí sola de conmover con una fuerza irresistible á todos aquellos, que en medio de sus desórdenes conservan aunque lánguidamente la fé del cristianismo, se anuncia ya desde el punto de partida como un hombre superior y dominante, que tiene en una mano la espada de la ley, y refrena con la otra las pasiones de los que le escuchan; que Señor absoluto de la materia que va á tratar, ni teme que le abandone la soberana inspiracion del genio, ni duda sojuzgar á los hombres y extender las conquistas de la cruz con el poderoso influjo de la palabra.

No extrañemos pues que inflamado el Orador al pronunciar aquella sentencia de Jesucristo, se aparte de la sencillez comun de los exordios, para abrir el suyo amagando fuertemente á los que le escuchan con los temores que naturalmente fluyen de una amenaza fulminada por la verdad eterna contra el pecador impenitente. *Si no os habeis estremecido, católicos, les dice, al ver pronunciar*

estas palabras, las mas terribles sin duda que se leen en nuestros libros santos, no encuentro en la religion cristiana verdad alguna que sea capaz de conmovemos.

Abrir con esta cláusula el exordio es no simplemente ver con desprecio los lugares comunes á donde se acoge un miserable y estéril retórico, no simplemente enlazar la introduccion con la materia del discurso; sino entrar en su fondo sin desflorar los primores de una novedad atractiva, abrirse brecha por medio de las circunstancias mas cercanas y marchar directa y osadamente al corazon: es consultar á la naturaleza en su parte mas fecunda y seguir fielmente el orden de las ideas y la cronología de los sentimientos, moviendo así con destreza inaudita los escondidos y maravillosos resortes del hombre moral.

En el resto del exordio descubrimos con agradable sorpresa no la pausada y exquisita coordinacion de pensamientos por donde pasa un Orador á fijar el plan de su discurso, sino una reunion anticipada de las verdades mas terribles cuyo desenvolvimiento forma el cuerpo de la composicion, y un movimiento patético encaminado á Dios á vista de aquellas demostraciones de penitencia que hace el pecador en el último de sus dias. La circunstancia de hallarse tambien en el discurso este y otros movimientos semejantes ministra en apariencia razones á la crítica, para censurar en el Orador una falta, que consiste en anticipar movimientos dignos de reservarse para aquellos puntos del discurso donde deben excitarse las pasiones; pero á los ojos de aquel que se hace cargo de todas las circunstancias, debe aparecer aquella como una señal infalible del buen gusto y superioridad del Orador. En efecto, despues de pronunciado el texto, y un texto que debia producir una gran revolucion en el espíritu de los fieles, que abrigaban todavia los temores y las esperanzas eternas, ¿pudiera haberse escogido otro medio que el

de proteger esta primera impresion de la gracia; disponiendo así el corazon á la mas bella de todas las reformas? Si el objeto de los exordios, como nadie ignora, es captarse la benevolencia del auditorio y excitar fuertemente su atencion, para contar así con aquella docilidad que acertadamente se mira como el primer triunfo de la elocuencia; ¿no reúne *el de la Impenitencia Final* los medios mas eficaces para producir tan maravillosos efectos? ¿Quién no prodiga las efusiones de su ternura y de su amor á un Apóstol benéfico, que se muestra tan lleno de inquietud y sobresalto, á vista del inmenso abismo que se abre delante de nosotros? ¿Quién no despierta del profundo letargo en que le tienen las pasiones, cuando el estallido del trueno le hace palpitar á las ideas de MUERTE, ETERNIDAD, anunciándole una borrasca en que infaliblemente debe perecer? ¿Quién finalmente no vuela deshecho en lágrimas de arrepentimiento á lanzarse en los brazos de aquel Angel tutelar que se le presenta como enviado del cielo, á fin de conducirlo por una senda menos escabrosa hácia aquel reyno de paz y de ventura en que gozan de una felicidad inamisible aquellas almas dichosas que á fin de salvarse de tantos riesgos, se habian abandonado suavemente á la direccion de los ministros del santuario?

„Si dilatais vuestra conversion hasta la hora de la muerte, moriréis en vuestro pecado: por que entonces ya no estaréis en estado de buscar á Dios; y por que aun supuesto que os hallaseis en estado de buscarle, serian inútiles vuestros esfuerzos para volveros á él, porque no le encontrarais.” Este es el plan y la division del discurso, plan rico y fecundo que abre camino á la irresistible marcha de la dialéctica, que ministra pábulo á la actividad prodigiosa de la imaginacion, y que brinda al sentimiento con aquellas pasiones que declarando solemnemente el poder, se elevan de ordinario hasta la esfera de lo sublime. Si

la mayor parte en el buen ó mal éxito de un discurso cabe segun afirman los mejores criticos á la eleccion del plan y distribucion de la materia; el que ha escogido Massillon, y el modo particular con que lo distribuye, nada deja que apetecer, ni para el convencimiento ni para la persuacion. La primera parte contiene una verdad que por si sola hace estremecer: *la penitencia en el lecho de la muerte es casi siempre imposible;* pero cuando el Orador reserva para la segunda probar que, *seria del todo inútil, aun cuando fuese posible,* obstruye todas las sendas y aniquila todos los recursos. *No podremos hacer penitencia en la hora de la muerte: ¡Espantosa amenaza! Nada conseguiriamos aun cuando lo pudiésemos: ¡Golpe terrible, decisivo, mortal! ¡Verdad que despedaza el corazon!*

PRIMERA PARTE.

EL progreso del raciocinio en la primera parte no es menos expedito, por que las causas de donde pretende el Orador deducir sus pruebas, llegan hasta la demostracion, derramando así la evidencia sobre la primera verdad, cuyo objeto es lo imposible de la penitencia en la hora de la muerte. „No estaréis entonces, dice, en estado de buscar á Jesu-Cristo, por que os faltará tiempo, ó en caso de que se os conceda, no os lo permitirá la opresion de vuestros males; ó finalmente, por que aunque vuestros males os lo permitan, vuestras antiguas pasiones opondrán á ello unos obstáculos que entonces no podréis vencer.” Es imposible llevar mas adelante la lógica, y preparar mejor la inteligencia del auditorio á las fuertes impresiones de las grandes verdades. El Orador se abre por si mismo una marcha segura no meños

al convencimiento que a la persuacion. ¡Con que agradable novedad sorprende á sus oyentes con la rápida y enérgica narracion de esos acontecimientos diarios y terribles, que arrebatan á cada paso de la escena del mundo á los que habian hallado en él sus placeres! ¡Que no perdonan ni á la vida inocente del niño, ni al tierno y cariñoso interes del jóven lozano, ni á las canas respetables del viejo! ¡Con que fuerza y oportunidad recuerda a los que le escuchan la poca razon que tienen para fiarse en el tiempo! „De quien dependen, exclama, los dias y los años? ¡Quien hace que el Sol salga y se oculte sobre vuestras cabezas? ¡Podeis acaso vosotros mandar á este Astro, como aquel Capitan del Pueblo de Dios, que se detenga y que alargue el día de vuestra vida, para daros tiempo de acabar la victoria y de domar vuestras pasiones? ¡Los títulos, el puesto, el poder, ni aun los mismos cetros os dan derecho sobre uno solo de vuestros instantes? ¡Los que mandan en la tierra pueden asegurar para si mismos el instante siguiente? No es esto en lo que Dios quiere darnos á conocer que es nuestro dueño, que tiene nuestra suerte en sus manos, y que no tenemos excusa para adherirnos con tanto apego á un mundo, al que nunca podemos estar unidos, mas que el instante presente que ya no existe?”

„O Dios mi! Vos que sois el que únicamente pone límites á la vida de cada uno de nosotros, vos que desde el principio habeis contado mis dias como mis cabellos, que presidisteis al instante de mi nacimiento y desde entonces señalasteis en mi frente el de mi muerte: vos solo, Señor, que habeis escrito en el libro eterno los dias de mi destierro y de mi peregrinacion; vos solo estais viendo si yo me hallo aún lejos de mi carrera, ó si toco ya aquel término fatal, despues del cual no se halla mas que la muerte y el juicio.”